

Lo que Fusi es para la historiografía española*

Javier UGARTE TELLERÍA

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

Resumen: Con motivo de su jubilación como catedrático de la Universidad Complutense de Madrid y su paso a la condición de profesor emérito en la misma Universidad, se repasa la vida profesional de Juan Pablo Fusi Aizpurúa y su significación para la profesión de historiadores, y, en general, para la vida pública española y vasca. Este perfil se aborda partiendo de su formación matriz en la Universidad de Oxford, y analizando su historiografía de «revisiónismo crítico», deudor del empirismo inglés (Lewis B. Namier, Trevor-Roper...) al modo en que lo explicó Isaiah Berlin, su producción historiográfica y su biografía pública de responsabilidades institucionales y académicas según una *askesis* y espíritu de servicio a la manera de concebirlo que tuvo Ortega y Gasset.

Palabras clave: Juan Pablo Fusi; historiografía; empirismo; revisionismo crítico; intelectual; Oxford.

Abstract: On the occasion of his retirement from the Complutense University of Madrid and his promotion to the status of Emeritus Professor thereof, this article reviews the professional life of Juan Pablo Fusi Aizpurúa and stresses his relevance for historiography and, more generally, for the Spanish and Basque public life. The review starts from the years at the University of Oxford as a post-graduated Ph D student, and proceed to analyze the «critical revisionism» of his historiography derived from British empiricism (Lewis B. Namier, Trevor-Roper...) as Isaiah Berlin explained it. Finally the article analyzes Fusi's historiographical production and his public institutional biography and academic responsibilities, according to an *askesis* and spirit of service that resembled that of the Spanish philosopher José Ortega y Gasset.

Keywords: Juan Pablo Fusi; historiography; empiricism; critical revisionism; intellectual; Oxford.

* Escribo este artículo a petición y por cortesía de la revista *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*. Expreso aquí mi agradecimiento a su director, Ángel García-Sanz Marcotegui.

Juan Pablo Fusi cumple setenta años y, con ello, cambia su estatus laboral (de titular a emérito) pero no su disposición ante el oficio de historiador. Desde luego, inicia un nuevo ciclo. Según ha manifestado, trabaja ahora en varias direcciones. Continúa con su trabajo programático sobre la cuestión vasca en la España contemporánea.

Es poleado por lo escrito por Julio Caro Baroja en la recapitulación a *Los vascos* (se habrían dado en el pasado de la actual geografía del País Vasco, según don Julio, once «ciclos culturales» cronológicamente abiertos y diversos) y lo dicho por Jaume Vicens Vives sobre la construcción bicéfala de la España contemporánea entre Madrid y Barcelona, Fusi plantea una relectura de la España contemporánea a la luz de la incardinación de lo vasco en ella (o lo que lo vasco representó tras su enorme transformación de fines del XIX: dinamismo industrial, revolución demográfica, Bilbao, florecer cultural plural, nuevas y radicales políticas que apuntan al XX, etc.)¹. Antes que un cambio de ciclo –sin desmerecimiento de Caro–, en el País Vasco habría que hablar de una poderosa ruptura y de su irrupción en la historia contemporánea de España. De modo que, desde entonces, sobre 1880, no debería hablarse tan sólo de dos cabezas en la trama hispana (reducida ya a la Península), sino que la tercera, Bilbao, tal como ya sostuvo Miguel de Unamuno, ha venido ocupando un lugar de primerísimo orden –obsérvese el paseo de La Castellana, proyecto promovido por Indalecio Prieto como ministro de Obras Públicas, dirigida hacia Europa, al Norte, Bilbao–. Ya arrancó en esa dirección con su *Política obrera*, pero, especialmente, con *El País Vasco. Pluralismo y nacionalidad*².

Trabaja por otro lado sobre lo que, apelando a Ortega, ha dado en llamar «paisajes prometidos», «una expresión a mi gusto muy afortunada –dice en una conferencia disertada en la Juan March– como propia de Ortega, es... un pretexto para analizar temas de historia en una circunstancia geográfica concreta: un lugar, una ciudad, una comarca, una región»; y cita El Escorial de Felipe II, de Ortega o Azaña y también de la Falange; Toledo, un símbolo para Marañón, ciudad visigótica, mozárabe, ciudad de culturas cristiana, judía y musulmana, ciudad «primada» y del Greco, de leyendas románticas, galdosiana o ciudad «muerta» en la generación del 98, etcétera. Es decir, espacios contingentes en el

1. Julio Caro Baroja, *Los vascos*, Madrid, Istmo, 1971, p. 379; y de Jaume Vicens Vives puede verse *Història de Catalunya VI*, Barcelona, 1979, p. 19

2. Juan Pablo Fusi, *Política obrera en el País Vasco, 1880-1923*, Madrid, Turner, 1975; *El País Vasco. Pluralismo y nacionalidad*, Madrid, Alianza, 1984. Un resumen de esta idea en Juan Pablo Fusi, «La irrupción del País Vasco en la historia de España», *Política Exterior*, XXVI-151 (número extraordinario), 2012.

tiempo y en la percepción de las gentes y los individuos. Estos y otros proyectos importantes ocupan hoy a Juan Pablo Fusi³.

Nacido en San Sebastián en septiembre de 1945, donostiarra como Elías Querejeta, Arzak o Iñaki Gabilondo, y madrileño desde los primeros sesenta, Fusi es uno de los intelectuales más relevantes y activos en la vida pública española. Historiador formado en Oxford (al que recuerda como «ciudad de belleza suave, con una arquitectura... equilibrada y no pretenciosa» y de la que le quedó un cierto «estilo intelectual», antes que un método o escuela⁴), es mucho más que uno de los más notables representantes de la profesión (la segunda generación de los Álvarez-Junco, Fernández Albadalejo, Tortella... tras *founding fathers*, Jover, Artola...). Fusi representa en España al intelectual orteguiano ascético, comprometido con su tiempo, el de la Transición y la democracia; intelectual radicalmente independiente y activo en la vida pública –aunque siempre un tanto echado al margen, retraído en la academia–, lúcido, consciente de su responsabilidad para con la sociedad –la española, la vasca–, y en la que busca cierta moral social y a la que ofrece un tenue sentido pragmático de las cosas hecho desde una historiografía contemporaneista desdramatizada, huyendo siempre de fatalismos, estereotipos y esencialismos en ese intrincado tejido que se teje entre el pasado y el presente. Libre de facciones, pero también de la servidumbre hacia los «intereses generales», podría decirse, y a las inmediatas exigencias del tiempo (la moda); cargado de un gran sentido moral de su tarea, exigente consigo mismo (como en el caso de su pretendida «tesis fallida» según sus recientes palabras, a las que volveré) y constantemente ejemplar. Adornado además de la modestia que le haría sonreír, descreído, al leer las anteriores palabras⁵.

3. Para esto, puede verse *Revista de la Fundación Juan March*, 401, 2011, pp. 22-23, y conferencia impartida en los XXXIV Cursos de Verano – XXVII Cursos Europeos, San Sebastián, 3 de septiembre de 2015.

4. Juan Pablo Fusi, «La historia en Oxford hacia 1970», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27, 2005 (cit. en p. 89). Una impresión del momento en José María Jover, «El siglo XIX en la historiografía española contemporánea (1939-1972)», en José María Jover et al., *El siglo XIX en España: doce estudios*, Barcelona, Planeta, 1974, pp. 52-54.

5. Fusi expresó, ante el asombro general de los asistentes al XII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea congregados en septiembre de 2014 en el Salón de Actos de la Sede Central del CSIC, su convicción de que su tesis doctoral publicada en 1975, hace precisamente cuarenta años, fue una «tesis fallida» por haber abordado un tema marginal (el movimiento obrero), dejando escapar la ocasión de abordar el tema clave del gran cambio (ruptura) en la historia del País Vasco hacia 1880 y su inserción protagonista en la contemporaneidad de España. En su conferencia de apertura del XII Congreso de la AHC, el 17 de septiembre de 2014.

Su formación, que arranca en San Sebastián, toma forma en el Madrid de los años sesenta. Allí, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense frecuenta a jóvenes rebeldes de clase media madrileña, miembros de importantes familias de intelectuales (caso de su buen amigo y destacado historiador José Varela Ortega, nieto de Ortega y Gasset; o la que sería su esposa, Eva R. Halffter). Esos fueron años de inquietud cultural y leve oposición política (militando brevemente en el PCE... hasta los procesos de Moscú de 1965), pero que los utilizó para adquirir una sólida formación clásica de historiador: primero con el medievalista Salvador Moxó, a quien ayudó en algún trabajo, y definitivamente con José María Jover con cuyo magisterio simpatizó, y quien le inició en intensas lecturas de Braudel, Elliott y otros autores de las nuevas corrientes de la historiografía del momento (en un paisaje cultural gris en España y en sus universidades bajo la dictadura de Franco). Eran tiempos en que Jover observaba preocupado cómo en la traducción de la obra del «liberal de estricta observancia» Guido de Ruggiero, discípulo directo de Benedetto Croce, *Historia del liberalismo europeo* (1944), nada se decía del liberalismo español. «¿Y Jovellanos... y Cánovas y la Restauración?», se preguntaba Jover. Ruggiero había impactado al profesor (obra de «espléndida exposición, dotada de una enorme coherencia..., disonaba manifiestamente en el panorama historiográfico del momento»), y hablaba de él como de «un modelo, un precedente» propio y de su tiempo. Con los *Annales* y Ruggiero llegó también un nuevo impulso al ochocientos político español con Melchor Fernández Almagro, sobre todo, con Zavala y Lera, con Ballesteros, y especialmente con los jóvenes Luis Díez del Corral y Luis Sánchez Agesta⁶. Todo ello alimentó el ánimo entusiasta de los jóvenes alumnos (Fusi, Varela...) que dedicarían sus tesis precisamente a esos «olvidados» del liberalismo español.

Tras pasar por la nueva Universidad de California en La Jolla de San Diego (Estados Unidos), donde tal vez se distancia de cierta «izquierda cultural» norteamericana (a quienes pudo «ver», leyó, tasó tal vez: Marcuse...) y se refuerza cierto «malestar» con algunas expresiones violentas de su tiempo (la discípula de Marcuse, Angela Davis y los Black Panthers)⁷, Fusi se desplaza a Oxford. Iba

6. Los recuerdos de Fusi en un encuentro con María Jesús González y Javier Ugarte (en fase de publicación). Lo demás, en Jover, «El siglo XIX...», pp. 21-23.

7. Lo que significó la izquierda cultural en las universidades de Estados Unidos y una punzante crítica a ella hecha desde la izquierda reformista por el filósofo Richard Rorty, en *Forjar nuestro país. El pensamiento de izquierdas en los Estados Unidos del siglo XX*, Barcelona, Paidós, 1999 (1998); todo él, pero especialmente, «Una izquierda cultural», pp. 71-106. Téngase en cuenta que esos años de movilización por los derechos civiles y contra la guerra de Vietnam, grupos radicalizados influidos precisamente por el filósofo Herbert Marcuse, los Black Panthers y el guevarismo tuvie-

en compañía de Varela Ortega y otros para formar parte del equipo de Raymond Carr y Joaquín Romero Maura –que ya trabajaba con el primero como director del Centro Ibérico en St. Antony’s College, responsabilidad que tomaría el donostiarra entre 1976 y 1979–. En aquel momento, sobre 1970, José Varela quería huir –según contó más adelante– «de la España *cañí*, del rancio y anquilosado marxismo estructural de los círculos universitarios y de los rosarios del padre [Patrick] Peyton en la Castellana (flanqueado por Lola de España y el ministro Solís), que contrastaban con un país en el que se percibían transformaciones rápidas: “España estaba cambiando de piel [...] y a gente como nosotros que éramos *enragés* y más rojos que Mao nos hacía falta un poco de pensamiento ordenado”»⁸. Fusi, más reflexivo y contenido, lo hubiera dicho de otro modo; pero esa necesidad de huir de un mundo gris y constreñido, y de acercarse al estimulante mundo anglosajón –además de las oportunidades de todo orden que se abrían– debieron también estar entre los motivos de su desplazamiento. También, como otros vascos eminentes, para incorporar a su formación un necesario aire de mundo que compensara una tendencia a un cierto retraimiento en el País, su «paisaje del alma» del que ha hablado varias veces⁹.

Allí se produjo el verdadero encuentro de Fusi con la historiografía y un estilo de estar y trabajar que ya nunca le ha abandonado. Conoció a intelectuales de extremada valía (Trevor-Roper, Isaiah Berlin, A. J. P. Taylor, Maurice Bowra o Christopher Hill) y se codeó con gente de la categoría de Theodore Zeldin, Keith Thomas, Raphael Samuel o Adrian Lyttelton. Los mismos españoles (o estudiosos de lo hispano) formaban un grupo selecto: el propio Fusi, Romero Maura, José Varela Ortega, Shlomo Ben Ami, Leandro Prados, Antonio Gómez Mendoza..., que han formado parte de la generación que ha asentado la profe-

ron una deriva violenta: el grupo Students for a Democratic Society planteó formas de guerrilla urbana y dio paso a actos abiertos de terrorismo (los llamados *Weathermen*). Y que, para la biografía de Fusi, el primer muerto por (y de) ETA se producía en junio de 1968: Pardines y Echevarrieta.

8. María Jesús González, *Raymond Carr: La curiosidad del zorro. Una biografía*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2010, pp. 408-409. El padre Patrick Peyton, sacerdote norteamericano famoso por patrocinar el Rosario en familia, estuvo en España numerosas veces en los cincuenta y sesenta (ver *ABC*, 10 de marzo de 1953 y 4 de enero de 1968). Supongo que forma parte de la *boutade* de Varela, con Lola Flores y el ministro Álvarez Solís.

9. También desde Barcelona, Jaume Vicens Vives, otro pilar de la historiografía española en transformación, impulsaba el contacto con el mundo anglosajón (y el francés) a través de su ayudante Josep Fontana, que fue *assistant lecturer* en la Universidad de Liverpool entre 1956 y 1957. Véase Ignacio Peiró y Gonzalo Pasamar, «Introducción» a *Diccionario Akal de Historiadores Españoles Contemporáneos*, Madrid, Akal, 2002, p. 27n. y «Currículum de Josep Fontana», en http://www.urv.cat/media/upload/arxiu/honoris/curriculum_fontana_es.pdf (consultado 12 de octubre de 2015).

sión en la universidad española (por mucho que les precediera Menéndez Pidal, Bosh Gimpera o Díaz del Moral, y Vicens, Artola y Jover)¹⁰.

Ese modo de estar en la vida intelectual se caracterizaría en palabras del propio Fusi por una

radical individualidad del historiador y... pluralidad y coexistencia de tendencias historiográficas muy diversas... [con] preocupaciones universales... [Un] estilo intelectual definido [como] suave inconformismo, iconoclastia, horror a las generalizaciones y a la teoría, conversación brillante, jugar con las ideas. [Como] Oscar Wilde le decía a lord Alfred Douglas: ... «jugar graciosamente con las ideas», una especie, si se quiere, de placer inteligente, de ocio distinguido... [Y] revisionismo crítico y gusto por la narración. Lo resumiría muy bien A. J. P. Taylor cuando dijo que toda su obra era «narrativa convencional y comentarios inteligentes»¹¹.

Habría seguramente que añadir a ello –y a pesar de cierto estereotipo– una idea nada frívola de ser útiles a la sociedad (aunque desde una élite intelectual y de clase alta).

En 1974 leía su tesis con tema sugerido por Raymond Carr, *Política obrera en el País Vasco, 1880-1923*, que inmediatamente (1975) sería publicada en la importante editora Ediciones Turner, nacida en 1973 en un clima de creciente anti-franquismo interior (de la Librería Turner, regentada por el editor bilbaíno Manuel Arroyo Stephens y el escritor José Esteban)¹². Fue un libro pionero y valiente, que cuestionaba la corriente hegemónica en esos estudios, y que, con otros dos artículos publicados en *Revista de Occidente* (1973 y 1974), buscaba recuperar la verificabilidad de la narrativa histórica (descuidada, estimaba, en la historiografía española del movimiento obrero del momento), huir de tópicos y de interpretaciones abusivas o ideológicas en historia, e introducir el factor político como eje interpretativo fundamental en la historia del movimiento obrero. Preocupaba especialmente a Fusi dejar claro que al hacer la historia del movimiento obrero, como en otras historiografías, se trataba de analizar problemas antes que asumir la defensa de una causa¹³.

10. A esta cuestión dediqué otro texto (con información complementaria a ésta), Javier Ugarte, «El carlismo y las guerras civiles del XIX. La contribución de Julio Aróstegui», en Jesús A. Martínez Marín et al. (coord.), *El valor de la historia. Homenaje al profesor Julio Aróstegui*, Madrid, Editorial Complutense, 2009.

11. Fusi, «La historia en Oxford...», p. 93.

12. Jesús A. Martínez Marín, Capítulo XI, ídem (dir.), *Historia de la edición en España 1939-1975*, Madrid, Marcial Pons, 2015, p. 317.

13. Los artículos de *R. de O.* son: «Algunas publicaciones recientes sobre la historia del movimiento obrero español», *Revista de Occidente*, 123, 1973, y «El movimiento obrero en España, 1876-1914», *Revista de Occidente*, 131, 1974.

El libro causó su efecto. Manuel Pérez Ledesma, joven e inquieto profesor procedente de la Universidad de Salamanca a punto de leer su tesis sobre la UGT, aun introduciendo elementos de crítica hecha desde un marxismo heterodoxo, daba la bienvenida al libro y resumía:

Los investigadores que se ocupen en adelante de la historia obrera del País Vasco, y del resto de España, durante el período 1880-1923, podrán discrepar de sus análisis, rebatir sus hipótesis y señalar las insuficiencias de sus planteamientos teóricos. Pero tendrán por fuerza que tener en cuenta la información recogida por Fusí, y deberán repensar y precisar sus planteamientos metodológicos a la luz de las críticas de Fusí, y también de las limitaciones de la perspectiva de este autor¹⁴.

Más adelante, Pérez Ledesma (con José Álvarez-Junco) escribió un artículo estimado seminal en su tiempo (aunque pocos autores llegaron a poner en marcha el programa allí expuesto, vinculado tardíamente a los vientos thompsonianos británicos y la *New Left Review*) en el que recuperan esa idea de que hacer la historia del movimiento obrero no consiste en defender una causa sino abordar una problemática historiográfica: «¿no habría que pensar en una segunda ruptura –escribían–, orientada ahora por preocupaciones científicas? Ser infieles a nuestra juventud...»¹⁵. Por su parte, Fusí, aun conociendo bien y leído a varios de los protagonistas de aquel movimiento (Ralph Samuel, Gareth Stedman Jones), nunca intentó un diálogo de aproximación hacia la nueva izquierda cultural británica, que tanta influencia ha tenido en la historiografía europea y española (que sí hicieron discípulos de Vicens Vives como Jaume Torras o Josep Fontana). ¿Recuerdos de La Jolla? Proximidad a la tradición de Oxford, sin duda. Por su parte, seguía –y seguiría– la traza de Raymond Carr en su *España, 1808-1939* en lo que a maneras historiográficas se refiere¹⁶.

14. Manuel Pérez Ledesma, «¿Una nueva concepción de la historia obrera?», *Tiempo de Historia*, 12, 1975.

15. José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma, «Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?», *Revista de Occidente*, 12, 1982, cita en p. 41. En la página 21 citan las críticas palabras de Fusí frente a la ortodoxia dominante subyugada «por un cierto sentimentalismo obrerista más propio de Dickens que de Marx», decía Fusí. Un desarrollo de la trayectoria de Pérez Ledesma en Rafael Cruz, «Introducción. De la historia de este país», en Manuel Pérez Ledesma, *La construcción social de la historia*, Madrid, Alianza, 2014. Sobre este momento, ver pp. 10-11. También, Santos Juliá, «*Laudatio* de Manuel Pérez Ledesma», en el XII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea septiembre de 2014, Salón de Actos de la Sede Central del CSIC (en proceso de publicación).

16. Aunque él mismo nunca ha pretendido, y aunque frente a la abarcadora obra de Carr sobre España, la de Fusí en ese momento no pasaba de ser una monografía, creo que puede considerarse a Fusí como al mejor continuador de las «maneras» historiográficas de Carr en España (aparte,

Hacia 1979 y 1980 vuelve a España (Universidad de Santander, luego de Cantabria, recién creada) e inicia su ciclo primero sobre una historia vasca contemporánea que tendrá dos hitos importantes en su estudio sobre la cuestión vasca durante la República y la publicación en 1984 de *Pluralismo y nacionalidad* (antes, a petición de unos editores ingleses, había terminado con Raymond Carr *España, de la dictadura a la democracia*, que sería Premio Espejo de España de ese año)¹⁷.

Para entonces era conocido en los medios públicos y políticos como historiador de solvencia reconocida sobre temas recientes, especialmente aquellos referidos al País Vasco (y a la República). Estando aún en Oxford, fue requerido en un par de ocasiones desde Madrid para ser consultado o informar sobre su visión de la cuestión vasca en el proceso de conformación de las nuevas instituciones que venían tratándose entre los partidos políticos y el Gobierno de España (Adolfo Suárez) y el Consejo General Vasco (Carlos Garaikoetxea). Como se sabe, tras el acuerdo de finales de 1978, el Estatuto vasco fue refrendado el 25 de abril de 1979. También, posteriormente, mantuvo contactos informales y con alguna frecuencia con políticos vascos (entre los que mantenía buenas amistades personales) y españoles (requerido siempre por aquellos) para ofrecer su punto de vista y conocimientos historiográficos. Había pasado brevemente por una cátedra de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea, para asentarse definitivamente en Madrid y la Universidad Complutense de esa ciudad.

Esos años, quienes se movían en la cambiante esfera política española y vasca pudieron contar siempre con él para ofrecer puntos de vista, cotejar y asesorar. Pero siempre como el historiador que era; nunca en funciones de asesor de gabinete, siempre en su condición de intelectual activo pero radicalmente independiente, informando discreta y modestamente, en aras de la utilidad debida por éste a la sociedad en la que se inserta. Fueron años dulces en España para la relación entre políticos e intelectuales (Andrés de Blas, Raymond Carr, Santos

Romero Maura, José Varela Ortega, el Shlomo Ben Ami de *Los orígenes de la Segunda República*). Tal vez con un Carr más minucioso y atento a los detalles antropológicos, con un registro de temas más amplio, y un Fusi más agudo lector de las coyunturas políticas y centrado en los grandes procesos. Raymond Carr, en su estilo, negó siempre su magisterio sobre nadie (véase González, *Raymond Carr...*); sin embargo, es indudable la impronta dejada por el inglés en aquella generación de españoles oxonienses.

17. Juan Pablo Fusi, *El problema vasco en la II República*, Madrid, Turner, 1979; *El País Vasco. Pluralismo...* citado arriba; y Raymond Carr y Juan Pablo Fusi, *España, de la dictadura a la democracia*, Barcelona, Planeta, 1979.

Juliá, Javier Tusell... en el entorno del propio Fusi mantuvieron esa relación). Estuvieron siempre que la política les requirió como «asesores», siempre disponibles, más allá del color del gobierno, para ese consejo o información que se les pedía..., de lo que salió beneficiado el delicado proceso que vivió el país esos años –y tal vez también, a diferencia de lo que sucedió durante la Segunda República, se benefició de la buscada abstención de los intelectuales en participar directamente en la gestión política–¹⁸. Otra cosa es la sistemática colaboración o relación entre las tareas de gobierno y la universidad o el estamento intelectual a la manera de otros gobiernos occidentales y que en España nunca se ha articulado adecuadamente¹⁹.

Decía que hacia 1979 y 1980, tras obtener la agregaduría, volvía a España como catedrático en la Universidad de Santander. En 1984 se trasladaba a la Universidad del País Vasco. José Antonio Ardanza le había recibido en Ajuria Enea con el ánimo de impulsar un gran departamento de historia contemporánea de país en la universidad pública (lo que, dada la expresa independencia de Fusi y los hábitos clientelares del PNV, habla a favor del lehendakari Ardanza). Pero a finales de 1985, el ministro de Cultura Javier Solana le proponía la dirección de la Biblioteca Nacional en Madrid. Aceptó y ejerció como director de la Biblioteca hasta 1990. A él se debe la recuperación de la Biblioteca como una renovada biblioteca nacional y el inicio de la informatización, la organización del servicio de digitalización de la BNE y el acondicionamiento de los depósitos. Cuenta, a quien quiera oír, que fueron años de un grandísimo trabajo y en los que tuvo que enfrentarse a cierto «peronismo cultural», a cierto populismo extendido de la calle a muchas instituciones del momento²⁰.

En 1990 dejó, con alivio (y el trabajo hecho) la BNE, y pudo de nuevo dedicarse a su tarea más genuina. Volvió a su cátedra (ya en la Universidad Complutense) y volvió a trabajar con la Fundación Ortega y Gasset (hoy Ortega-Marañón). Coincidiendo con el centenario del nacimiento del filósofo, en 1983, se organizó una extensa exposición en el Palacio Velázquez. Un equipo de unas siete u ocho personas (con Soledad Ortega) inició la recopilación y publicación de

18. Algunos detalles y la idea en el encuentro con María Jesús González y Javier Ugarte (en fase de publicación).

19. Véase, por ejemplo, a Raymond Carr informando a diferentes gobiernos británicos, más allá de su color político (González, *Raymond Carr...*, pp. 144 y ss.). En EEUU, el corredor entre la universidad y la administración y viceversa ha sido muy transitado a partir del New Deal al menos.

20. Véanse sus artículos y cartas en el periódico *El País*, «Leer en la Biblioteca», 19 de septiembre de 1986; «Misión de las bibliotecas», 21 de septiembre de 1987; «Libros a la intemperie», 17 de junio de 1988.

los textos políticos de Ortega (prohibidos antes por la censura franquista, los que serían tomos IX y X de sus *Obras Completas*, en que se incluyen los índices generales y los específicos)²¹. Fue el tiempo en que Fusi se familiarizó con la obra de Ortega, que tanto impacto le había causado ya en sus años de formación. Como intelectual, ha sido y es su referente, con quien enfrenta su propia creación y pensamiento sobre España (junto con otros como Caro Baroja, Vives o Jover y otros, claro está). Entre 1990 y 2000 publicó un importante libro que ha pasado casi desapercibido en la profesión sobre la aparición de la sociedad de masas en el siglo XX occidental, y otro sobre España y la formación de su complejo social como nación, en que combina en cierta manera lo que serían las posturas primordialistas de unos en politología y sociología, caso de Anthony Smith, con visiones modernistas como las de Ernst Gellner (con otras más matizadas y complejas, caso del antropólogo Benedict Anderson o Paul Brass). Pero en todo caso, de nuevo, lo que prevalece es el seguimiento de un problema a través de una exhaustiva recogida de fuentes de orden diverso para tramar históricamente un argumento que explica el Estado autonómico de 1978, una realidad contingente, como todas, y a la vez largamente arraigada y soportada. «España se explica y se entiende únicamente a través de la historia» escribió en 2012²². Pues, eso. En 2001 volvió a la Fundación como director académico del Instituto Universitario Ortega y Gasset, cargo en el que se mantuvo hasta 2006.

En 2003 y 2006 publicó dos notables libros sobre temas de nacionalismo (desde la misma perspectiva que *España. La evolución de la identidad nacional*) en los que, con mayor audacia y argumentación, aborda temas de interés ahora sí internacional y una óptica de historia global –siempre tras la idea de construir un sólido pensamiento historiográfico–²³: ¿qué sucede con los nacionalismos en el siglo XX?, ¿qué con aquellos grupos de población no nacionalistas en territorios de nacionalismos potentes, que han de resistir una narrativa tan poderosa que

21. El tomo X se publicó en 1983. Ediciones Taurus (con la Fundación Ortega) ha terminado de publicar en 2011 una nueva edición de las *Obras Completas*, 10 tomos, Madrid, Taurus-Random, 2004-2011. Para la exposición, Ministerio de Cultura, *Ortega y su tiempo. (Exposición en el Palacio de Velázquez del Retiro. Madrid, mayo-junio 1983)*, Madrid, 1983, y Ministerio de Educación y Ciencia: *Ortega y Gasset, 1883-1955. Centenario de su nacimiento*, Madrid, 1983.

22. Se trata del mal titulado *Manual de Historia Universal. Edad Contemporánea, 1898-1939*, Madrid, Historia 16, 1997 (a partir de ahora *1898-1939*). Tan sólo una reseña al año siguiente (Javier Moreno Luzón, «La edad de las masas», *Revista de Libros*, 17, 01 de mayo de 1998) que comenta el libro a partir del confuso título con el que se editó. Y *España. La evolución de la identidad nacional*, Madrid, Temas de Hoy, 2000. La cita procede de *1898-1939*.

23. Juan Pablo Fusi, *La patria lejana. El nacionalismo en el siglo XX*, Madrid, Taurus, 2003, e *Identidades proscritas*, Barcelona, Seix Barral, 2006.

lleva a matar y morir por ella? En el primero Fusi prolonga con mayor detalle y exactitud la textura que se describe en *1898-1939*: el nacionalismo, cambiante en el tiempo de los dos últimos siglos, no ha jugado en los terrenos de la extensión de la libertad, la solidaridad, el bienestar y la reducción de sufrimiento de las sociedades, como se decía, sino que ha sido un ingrediente casi exclusivo de poder; por lo demás, ha sido el factor más relevante y decisivo en los acontecimientos más importantes acaecidos en el siglo XX, que terminó con la caída del Muro en 1989. En el segundo, amplía en parte su idea matriz, que observó en el caso vasco: la de la existencia de un marcado pluralismo en todas estas sociedades atravesadas por instituciones o proyectos fuertemente nacionalistas (coexistencia de identidades diversas y de pluralismo político). Y, en no pocas ocasiones, como ocurrió en Sudáfrica, sucede que los no nacionalistas son precisamente quienes logran hacer renacer sociedades multiculturales (multirracial, en aquel caso) y democráticas como naciones políticas y de derecho²⁴.

En 2013, al arrancar con su *Breve historia de mundo contemporáneo* (que con *Historia mínima de España* han situado al donostiarra en el mercado del consumo masivo) Fusi decía:

no se trata, quede claro, [que esta obra sea] de divulgación (que me parece dignísima y necesaria). Se trata ante todo de hacer precisión, una tarea historiográfica igualmente urgente y obligada: «o se hace literatura o se hace precisión –le advertía en 1908 el joven Ortega y Gasset (veinticinco años) a Ramiro de Maeztu– o se calla uno». –Y seguía– En el texto que escribió para presentar el primer número de la *Revista de Occidente*, que apareció en julio de 1923, ese mismo Ortega (ya no tan joven) dejó dicho muy claramente cuáles eran los propósitos de la nueva publicación: dar noticias «claras» y «meditadas» de lo que se hacía y «padecía» en el mundo; y hacerlo con «un poco de claridad», otro «poco de orden» y «suficiente jerarquía» en la información²⁵.

En los últimos años, Fusi ha querido hacer *precisión* (más allá de lo que sería el antónimo de la retórica hueca y el bla, bla, bla: más allá de la mera concisión,

24. Fusi se inspira en historiadores irlandeses graduados en la década de los treinta como James Camlen Beckett y Francis Stewart L. Lyons. En su día mencionaba también al judío europeo nacionalizado estadounidense Horace Kallen y su idea del *meeting-pot*, crisol, del pluralismo cultural (y racial) para la sociedad norteamericana surgido de sus conversaciones con su amigo –negro y homosexual– Alain Locke, precursor del renacimiento de Harlem de 1925 (véase Louis Menand, *El club de los metafísicos. Historia de las ideas en América*, Barcelona, Destino, 2002, pp. 394-404). Ellos y otros pragmatistas como ellos adelantaron posiciones también en la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos. Nada que ver con los teóricos de la modernización que alguna vez cita también.

25. Ver *Breve historia de mundo contemporáneo. Desde 1776 hasta hoy*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2013 (cita en la p. 8), e *Historia mínima de España*, Madrid, Turner, 2012.

del rigor, del acierto). Ya lo avanzaba en cierto modo en su *1898-1939*. Y como buen intelectual orteguiano, se *lo debe* a la sociedad (es «urgente y obligada», dice, la precisión). Fusi, entiendo, cuando habla de precisión, quiere estilizar el pensamiento historiográfico (al que considera el fundamento para el conocimiento de las sociedades y del hombre, que es historia y no naturaleza, en la mejor tradición neo-romántica); destilar lo sustantivo entre lo acaecido en los últimos siglos, hacerlo cabalmente, en su expresión mínima, y hacerlo terso; pero hacerlo para alimentar la *conciencia histórica* (una memoria crítica, necesaria y saludable) de las sociedades de hoy a las que él sirve: la española, la vasca. Una precisión comprensible, pero sustantiva para dar cuenta de la experiencia humana del mundo y de la práctica vital (Fusi siempre trata de pensar para actuar... suavemente... que montan tanto, actuar para pensar; indagar para tramar preciso y sin dramatismos la textura de la narrativa historiográfica; el objeto de su generación: plantear el problema, abrir el abanico de posibilidades y *ejercer*, ejercer en aras de la democracia). Y tersura tienen sus nuevos libros, y claridad. Tal vez, desde su obstinado distanciamiento del drama (que el género de la comedia también contiene), no logre la tensión necesaria en las narrativas que un Hobsbawm o un Mazower sí lo hacen (por mucho que el viejo comunista británico, ya fallecido, pecara de falta de rigor en algunos análisis, y, desde luego, en su apuesta por el otro lado del Muro), y así trascender la información hasta llegar a la formación en las gentes, a una verdadera *paideia* (que no sé si, en todo caso, será la pretensión de su autor).

Tanto *1898-1939* como en las obras posteriores, Juan Pablo Fusi traspasa ampliamente la concepción de las fuentes como «esos papeles viejos que hay en los archivos» (mistificación que nunca estuvo en un clásico como la *Histórica*, 1868, de Droysen, por ejemplo, y menos en Bloch, pero que hoy, ante los abusos de internet, se ha generalizado aquí entre algunos ya maliciados, y especialmente en Estados Unidos²⁶) para, con la cautela que podrían tener los clásicos del historicismo francés Charles Seignobos o Langlois, fijadores del canon historiográfico, apreciar que, más allá de archivos, bibliotecas, arquitectura o testimonios, las huellas del pasado, las fuentes, están ahí, donde quiera que el paso del tiempo los depositó (y que Fusi ha encontrado en búsquedas en la red y en unas extensísimas lecturas de la literatura contemporánea). Organizando todo ello sobre la comprensión y el sentido histórico que da al individuo la vivencia y la capacidad de juicio que ofrece el sentido de la textura general de la experiencia. De modo

26. Véase por ejemplo, James A. Cook, «The Kids Are All Right: On the “Turning” of Cultural History», *American Historical Review*, 117-3, 2012.

que la fundamentación de su obra habrá que buscarla en la vida humana considerada ésta como «realidad radical», al modo orteguiano²⁷.

Por lo demás, quien se horrorizaba con las generalizaciones y las abstracciones, quien recelaba de los filósofos al modo que Ranke y el primer historicismo lo hacía en su tiempo, quien escribía que David Hume era «*filósofo pero* cuya reputación durante su vida se debió a la publicación... de su *Historia de Inglaterra*» [la cursiva es mía] –manteniéndose en esa misma posición–, dialoga hoy en la práctica y limpiamente con el perspectivismo de Ortega, con la idea de la vida como realidad radical y la razón histórica, y, en cierto modo, con la fenomenología de Husserl (y su deriva hermenéutica hasta Gadamer en cierto modo). En realidad, con un pragmatismo activo, digno del mejor Rorty (iconoclasta entre los pragmatistas) y los mejores historiadores (Ranke se «entendía» con Humboldt; Bloch, con Bergson, etc.), en la estela de su maestro Carr, saquea lo mejor del pensamiento de Ortega para reutilizarlo en un pensamiento genuinamente historiográfico. Dialoga con el componente historicista de Ortega (Benedetto Croce) a mayor provecho de una profunda narrativa histórica –y de todos nosotros–. En todo caso, Fusi suscribiría aquí estas palabras de Jacob Burckhardt en carta a Nietzsche (que fue alumno suyo en Basilea): «Mi pobre cabeza nunca ha sido poderosa, como la de usted, para reflexionar sobre las razones últimas, los propósitos y los fines deseables de la ciencia histórica»²⁸. La ironía y el escepticismo del maestro eran evidentes.

En cuanto a la saga, Fusi, no, Fusi no ha creado escuela (cosa que ni Raymond Carr «consiguió» del todo; véase lo dicho arriba del grupo español en Oxford). Por el contrario, a través de su larguísima participación en tribunales de tesis doctorales de la universidad española, sus conferencias y sus actitudes en el marco público, ha conseguido algo mucho más valioso: ha sido modelo ético e intelectual para el conjunto de la profesión en España y para cada uno de sus

27. Lo de «realidad radical», en José Ortega y Gasset, «La verdad como coincidencia del hombre consigo mismo», en ídem, *En torno a Galileo*, Madrid, Alianza, 1982 (1947). Estas maneras historiográficas pueden verse en Isaiah Berlin, «El concepto de historia científica», en *Antología de ensayos*, Madrid, Espasa Calpe, 1995, introducido por Joaquín Abellán. La concepción sobre las fuentes historiográficas de Fusi se aproxima al modo en que las trata el egiptólogo y pensador Jan Assmann, como *textos culturales* («Textos culturales: entre la oralidad y la escritura», en ídem, *Religión y memoria cultural. Diez estudios*, Buenos Aires, Lillmod, 2008; «Communicative and Cultural Memory», en Astrid Erll y Ansgar Nünning (eds.) en colaboración con Sara B. Young, *Cultural Memory Studies: An International and Interdisciplinary Handbook*, Berlin-New York, Walter de Gruyter, 2008.) y Aleida Assmann, «Canon and Archive» en Erll y Nünning (eds.), *Cultural Memory Studies...*

28. Recogido por Alfonso Reyes en 1943, «Prólogo» a Jacob Burckhardt, *Reflexiones sobre la historia universal*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996 (1905), p. 25.

miembros. Si alguien ha jugado ese papel ejemplar en el gremio en España (y más allá) al modo en que lo ha estudiado Javier Gomá, ése es Juan Pablo Fusi (honor que comparte con unos pocos recientes eméritos más). Por lo demás, su estilo historiográfico no ha sido especialmente practicado entre nosotros (por desgracia). Pero, como todos sabemos, no estamos ante el fin de la historia, y el tiempo podrá tal vez reparar esa carencia²⁹.

El 21 de noviembre de 2014, Juan Pablo Fusi fue elegido académico de número de la Real Academia de la Historia para cubrir la vacante número 15 producida por el fallecimiento del historiador económico Gonzalo Anes presentado por Miguel Artola, el modernista José Alcalá-Zamora y Luis Miguel Enciso, medievalista.

29. Javier Gomá Lanzón, *Imitación y experiencia*, Madrid, Taurus, 2014.